**Homilía V Domingo del tiempo ordinario**

**Año litúrgico 2020 - 2021 - (Ciclo B)**

Las lecturas de hoy tratan un tema de capital importancia para nuestra vida cristiana. Si Dios es Bueno… ¿Por qué existe el Mal, el dolor y el sufrimiento? Y… ¿Por qué hay gente buena y justa que ha de padecer tanto en esta vida? ¿Acaso Dios les ha abandonado? ¿No debería recompensar su bondad con bienes?

El libro de Job se plantea estas preguntas. La teología de aquellos tiempos sostenía la doctrina de la retribución. Esta doctrina creía que, si la conducta del ser humano era buena, Dios le premiaría en vida con toda clase de bienes materiales y espirituales. En el libro de Job, esta doctrina entra en crisis. Porque Job es un hombre justo y bueno, y, sin embargo, no para de vivir desgracias y calamidades.

En efecto lo que este libro nos enseña, es que la recompensa por nuestras buenas acciones, no siempre sucede en esta vida. En Job vemos un anticipo o prefiguración de Jesús, que también será el perfectamente justo y bueno, perseguido, torturado y asesinado en una Cruz.

Estamos ante un gran Misterio. Ante el dolor y el sufrimiento de los inocentes, ante la cruz de Jesús y de tantas víctimas, no hay palabras que puedan dar una explicación completa, que lo aclare todo. De Hecho, ni siquiera Jesús se dedica a dar explicaciones del porqué del mal y el dolor en el mundo. Eso sí, habla con sus hechos, y lo vemos en el evangelio de hoy luchando contra el mal (expulsando demonios) y contra la enfermedad (sanando a los enfermos).

Jesús se comprometió de forma radical en la lucha contra el mal, y eso le costó la vida. Padeció la crueldad y la injusticia en su propia piel, como tantos seres humanos la han padecido y la siguen padeciendo a lo largo de la historia. Pero la muerte, el mal y el pecado no triunfaron, porque Dios resucitó a Jesús y el Resucitado nos alienta hoy a continuar su lucha contra el Mal, para que triunfe en todos los corazones el Reino de Dios, el Reino del Amor que Jesús tanto predicaba y por el que entregó su vida.

¿Haremos nosotros lo mismo? Desde nuestras solas fuerzas, seguro que no. Necesitamos el auxilio del Señor, pues solo Él es capaz de sanar los corazones destrozados y humillar hasta el polvo a los malvados, como decía el salmo de hoy (cfr. Salmo 146).

Sana Señor nuestros corazones y haznos capaces de tu Reino de Amor. Amén.

Mn. Antoni Reina